

# El visitante del otro lado

JAVIER FONSECA GARCÍA-DONAS



© del texto, Javier Fonseca García-Donas

© de las ilustraciones, Ramón Acedo

© Ediciones DiQueSí

28022-Madrid

[www.edicionesdiquesi.com](http://www.edicionesdiquesi.com)

[novedad@edicionesdiquesi.com](mailto:novedad@edicionesdiquesi.com)



Diseño: Estelle Talavera

ISBN: 978-84-945196-1-1

Depósito Legal: M-13439-2016

© Todos los derechos reservados

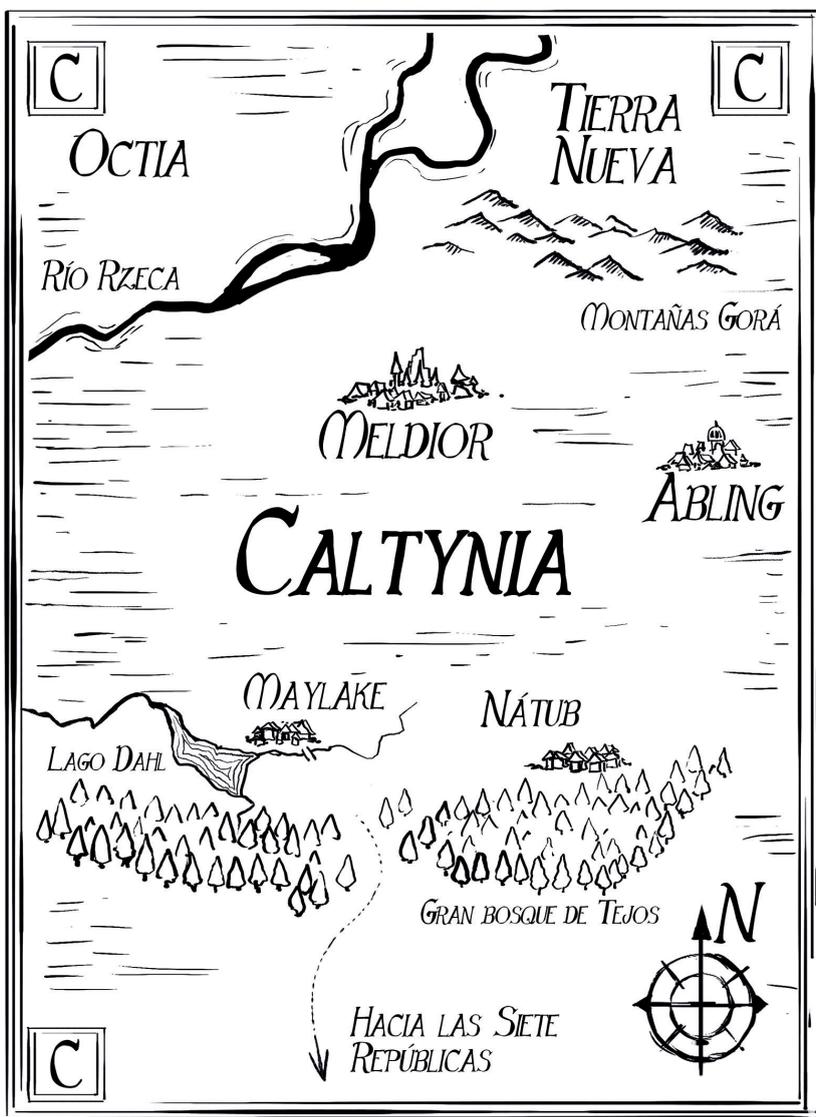
1ª Edición: Madrid, 2016

Impreso en España por Estiló Estugraf, S.L.

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta,  
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna  
ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

# El visitante del otro lado







Para Margarita -Margot-, siempre generosa.  
Para los lectores y lectoras que van creciendo conmigo,  
agradecido por su fidelidad y confianza.  
Y para Ángeles, con quien gustoso cruzaría  
al otro lado de cualquier espejo.

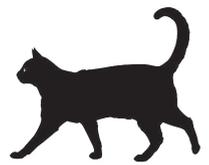


«A decir verdad, el espejo empezaba a deshacerse como si fuera una bruma brillante y plateada.

Un momento después, Alicia atravesaba el cristal y saltaba ágilmente a la habitación del Espejo.»

Lewis Carroll

*A través del espejo y lo que Alicia encontró allí.*





## I. SALVADO POR LOS PELOS... DE UN GATO



Como todas las historias, esta tiene un comienzo y, por suerte, como en todos los comienzos, el protagonista –o sea, yo– es muy diferente al chico que acaba la aventura –o sea, yo también–. A pesar de que todo empiece y termine en el mismo sitio: el cuarto de baño de chicas del Instituto Jonathan Swift.

Sé que resulta extraño ese nombre para un instituto en España, pero tiene una razón de peso. Exactamente de doscientos veintitrés kilogramos de piedra. En la web, en una placa de la fachada principal, en los anuarios de Bachillerato para que a ninguno se nos olvide al dejar el instituto... se cuenta que en 1712, Jonathan Swift, el autor de *Los viajes de Gulliver*, pasó por España. En aquella época estaba muy enamorado de una tal Esther Vanhomrigh y debió de echarla mucho de menos, porque no se le ocurrió otra cosa que grabar su nombre en la pared de la habitación donde se hospedó, en la casa de un comerciante. Lo hizo poniendo

primero el apellido y después el nombre, como si estuviera rellenando un formulario, y separando ligeramente la primera sílaba de cada palabra. ¿Por qué? Ni idea. Lo que sí se sabe es que poco después, en 1714, de vuelta a Dublín, escribió un poema dedicado a su amada titulado *Cadenus and Vanessa*, inventando para ella ese apodo con las primeras sílabas de su apellido (Van-) y de su nombre (-es). Así que puede decirse que este nombre se inventó en España.

El comerciante murió tan orgulloso de esta anécdota, que dispuso en su testamento que, pasara lo que pasase con la casa, siempre debería conservarse ese pedazo de muro grabado; y que una hija del primogénito de cada generación de su familia debería llamarse Vanessa. No sé si lo segundo se cumpliría, pero la casa dejó de ser propiedad de la familia, la compró el Estado y hoy esa piedra forma parte de la pared que separa un aula vacía del aseo de chicas del tercer piso del Jonathan Swift, donde esa mañana, a la hora del recreo, yo me había escondido.

Lo cierto es que no era la primera vez que lo hacía. Es un baño que apenas se utiliza. Está en la planta de los laboratorios, aún vacíos, y de un aula de informática sin ordenadores donde, protegidas por un cristal, pueden verse esas dos famosas palabras. Nuestra directora no se cansa de repetir que es cuestión de meses que tengamos “las más modernas instalaciones científicas y tecnológicas”. Y, según se cuenta, eso mismo dijeron todos y cada uno de sus

predecesores de los últimos siete años. Así que ya no debe quedar mucho, digo yo.

Pero no me quiero desviar del tema. Decía que suelo –solía– usar ese baño como escondite cuando quería estar solo o escapar de algo. Y esa era una situación que se repetía bastante a menudo. Digamos que yo no era lo que se conoce como un chico popular. Más bien al contrario, estaba entre los raros. Me tomaba muy en serio el trabajo de redactor en la revista del instituto, ni jugaba ni hablaba de fútbol, siempre he tenido móviles desfasados, heredados de mi primo, y prefería leer un libro a pasar la hora de biblioteca jugando a los barcos o enviando mensajes a las chicas de clase. Cosas muy mal vistas para un chico de Tercero. Y para colmo, Camilo y su banda llevaban varios meses eligiéndome como objeto de sus perrerías. De ellos huía precisamente en esta ocasión, para evitar que me hicieran quién sabe qué crueldad.

Normalmente me escabullía sin problemas, por las escaleras de emergencia, pero aquel día los conserjes estaban revisándola porque íbamos a tener un simulacro de incendio. Así que tuve que subir por las principales.

Camilo y su pandilla venían detrás de mí. Entré donde siempre lo hacía, sin pensar que esta vez podía convertirse en una trampa sin salida. Empujé la puerta y, antes de que se cerrara, me di cuenta de que no estaba solo. Frente al espejo, cepillándose el jersey, estaba Margot: quince años, pelo castaño, liso, siempre recogido en una coleta, salvo un

mechón rebelde que no deja de colocarse tras la oreja con la mano, como esa actriz inglesa con un nombre lleno de “kas” y “haches”. Precisamente Margot, responsable de deportes y fotografía con quien, a pesar de coincidir en el consejo de redacción de la revista del instituto, no había cruzado más de tres palabras seguidas; la de los ojos verdes que parecen pintados con la misma pintura que el mar. La de la nariz pequeña, graciosa, que siempre está brillando como una aceituna en la ensalada. Esa Margot que cuando pienso en ella me hace escribir cursiladas como las anteriores sin ninguna vergüenza, pero que si me encuentro con su sonrisa me repliego como un girasol por la noche... Sí. Esa Margot.

Intenté volver sobre mis pasos y salir de allí antes de que me viera, pero ella alzó la vista. Ahora podría decir que, antes de que reaccionara, la sorprendí con mi sonrisa seductora, me acerqué a ella y susurré: “Tranquila, ya he llegado”. Total, estáis leyendo mi versión de la historia. Pero he dicho que iba a contar la verdad, aunque algunas cosas me avergüencen. Así que baste con decir que cuando nuestros ojos se encontraron en el espejo me miró sin sorpresa, como si fuera un mosquito que pasaba por allí mientras ella estaba a sus cosas. En mi defensa diré que tenía una pinta terrible. Con el bocata en la mano y el flequillo encima de los ojos, respirando por la boca y con las orejas rojas, como siempre que me asusto. Si a eso le añades unos *brackets*, un pantalón de chándal negro y una sudadera sin capucha

dos tallas mayor que la que me correspondía, varias pecas y unos brazos y piernas como palillos chinos, tienes ante ti al típico pringado. Supongo que eso es lo que pensó ella porque, mientras se rehacía la coleta recogándose el pelo con las dos manos y sujetando una goma en la boca, me señaló con los ojos uno de los baños, como si fuera el único sitio en el que podía encontrar lo que buscaba.

Yo intenté hacerme el duro. Una cosa era escapar del criminal en potencia de Camilo y su séquito y otra que Margot, la chica a la que mejor le queda el chándal de todo el instituto, me dijera lo que tenía que hacer y me salvara el pellejo. Si ya resultaba humillante que viera cómo me escondía en su cuarto de baño, lo era más aún que adivinase el porqué y, sin hablar, me diera la solución. Así que, muy digno, pasé de largo delante de la puerta que me había señalado... y me tiré de cabeza contra la siguiente en cuanto oí las voces de mis perseguidores.

–No puede estar lejos. Aquí está todo cerrado menos los baños.

–¡En el de chicos no está, Camilo!

–Normal, es una nenaza. ¿Y dónde se esconden las nenazas?

Hizo esta pregunta empujando la puerta del cuarto de baño de chicas, mientras sus amigos se reían como chimpancés imitando al líder de la manada. Entraron y se quedaron en silencio. Desde mi escondite me los imaginé detrás de Margot, mirando cómo terminaba de hacerse la coleta.

Después de dos carraspeos y un “shhh”, el cabecilla del rebaño tomó la palabra:

–¿Qué haces aquí? ¿Estás sola?

–Hola, Camilo. Hola, chicos. Creo que esa pregunta debería hacerla yo. Para hacer pipí –dijo marcando cada sílaba– de pie y cara a la pared, tenéis el baño de enfrente.

Escuché un murmullo y tres pasos.

–No te hagas la lista. ¿Dónde está?

–¿Quién?

–El pringado que ha entrado aquí hace un momento.

–No ha sido uno sino... cinco –respondió–. Y los tengo delante de mis narices.

–Muy graciosa, Margot. Vamos a mirar en todos los baños, uno por uno. Y si le encontramos aquí...

Si digo que empecé a sudar frío, me quedo corto. Sentí que en ese momento mi cuerpo generaba cubitos de hielo. Sentado en la taza, no podía parar de mover la pierna por más que la sujetaba con las dos manos.

–No vais a mirar en ningún sitio. Es el baño de chicas y aquí no se os ha perdido nada.

–Tú no me dices lo que tengo que... ¡Aaaa... tchís! Yo... ¡Aaatchís!

Fueron como seis estornudos seguidos y después cuatro exclamaciones de asco.

–Agggg, tío, se te han salido los mocos –comentó uno de los chicos.

–¡Huy, Camilo! –exclamó inocente Margot–. ¿No seguirás siendo alérgico a los gatos? Precisamente hoy he jugado con Zeus antes del venir al colegio y estaba aquí, cepillándome el jersey para quitarme todos los pelos.

Camilo no podía hablar más de dos palabras seguidas sin estornudar y el resto de la pandilla parecía haberse bloqueado al ver a su líder convertido en un surtidor de mocos. Empezaba a tener que aguantar la risa imaginando el cuadro cuando se abrió la puerta de mi escondite y entró Margot. Me guiñó un ojo, tomó el rollo de papel higiénico y siguió hablando:

–Deja que te ayude, Camilo, aquí tienes un poco de papel para la nariz. Y tranquilo, que yo no voy a contar a nadie que los gatos te hacen moquear...

Finalmente, los chicos se fueron del baño. Yo dejé pasar unos segundos antes de asomar la cabeza. Margot seguía delante del espejo. Ahora se estaba lavando las manos.

–Antes de que me preguntes, Camilo y yo somos vecinos. Por eso sé que es alérgico a los gatos. Y puedo asegurarte que Zeus también tiene alergia a ese abusón.

Demasiadas emociones para tan poco tiempo. No me había recuperado aún del susto, por primera vez Margot me decía más de seis palabras seguidas y, además, me enteraba de algo de su vida privada: tenía un gato. Me quedé bloqueado. Así que hice lo que tenía que hacer: buscar en mi repertorio de *Frasas célebres de un pringado experto en meter la pata* la más apropiada para ese momento.

–Gra... gracias –acerté a decir–. Quería quitarme el bocadillo y... ¿Quieres un poco?

–¿De eso? –preguntó escandalizada Margot.

La verdad es que tenía muy mala pinta. Lo había aplastado tanto que casi tenía más bocadillo en mi sudadera que en la mano. Partí por la mitad lo que aún era comestible y le di una parte a Margot. Después mordí mi trozo, por si pensaba que estaba envenenado. Ella olió su parte y, después, se la metió en la boca.

Masticó tranquilamente y en silencio hasta que terminó de tragar y, sacudiéndose las manos, me dijo:

–A ver si empiezas a enfrentarte a esta panda de tarados. Que no siempre va a haber alguien cerca para ayudarte.

–¡Eh! –exclamé–, que yo me defiendo solo. Lo que pasa es que me he equivocado de baño con las prisas y...

No pude terminar la frase porque en ese momento oí voces en el pasillo y salté como un conejo, de nuevo a mi escondite, dejando caer lo que me quedaba de bocadillo al suelo.

–Sí –escuché a Margot susurrar–, ya veo que sabes cómo esconderte tú solito...

El ruido pasó de largo. Nadie se acercó a la puerta del baño. Aun así aguanté unos segundos más, por si acaso. Fuera, Margot terminaba de lavarse las manos.

–Venga, Caperucita, que ya se ha ido el lobo.

Salí con cuidado, intentando aparentar que controlaba la situación a pesar de que estaba más blanco que los lavabos.

–Oye, que no me escondía. Es que he entrado porque estaba...

–¿... Haciéndote *caquita*?

–No... Yo... –murmuré agachando la cabeza.

Sin bocata, acurrucado en un retrete del baño porque había oído un ruido y, por si fuera poco patético, buscando excusas. No se podía caer más bajo. A estas alturas solo me quedaba esperar a que Margot me diera el golpe de gracia. La verdad es que tampoco me importaba mucho. En ese momento se acercaba hacia donde yo estaba frotándose las manos. Pensé que iba a zarandearme, como habría hecho Camilo, por eso di dos pasos hacia atrás hasta chocar con la pared de azulejos.

–Eh, que era broma. ¿Estás bien? –me preguntó, poniéndome la mano sobre el hombro.

En cuanto sentí su contacto me acurruqué, protegiéndome la cabeza con los brazos. Al mismo tiempo noté un escalofrío que me recorrió la espalda de hombro a hombro. Era la primera vez que Margot me tocaba y juro que el calor de su mano hizo que me subiera la temperatura corporal un par de grados. A pesar de todo, como buen perro apaleado en varias ocasiones, venció la desconfianza y estuve unos segundos quieto, esperando el ataque. Cuando por fin me convencí de que no iba a haber ningún empujón, alcé la cabeza.

Margot me miraba con la cara un poco ladeada y los ojos muy abiertos. Parecía preocupada. Me recordó a Colás, el

perro de mi abuelo Mario, que mira así cuando te ve triste. Yo no sabía qué decir. Estaba acostumbrado a que se rieran de mí. O peor aún, a que no me hicieran caso. Pero que alguien me preguntara cómo estaba y esperara respuesta... Eso era algo totalmente nuevo.

–En serio, Pablo, no puedes dejar que te haga esto. Tienes que pararle.

Lo dije con preocupación sincera y a mí me sonó más dulce que una declaración de amor. Tenía su pelo tan cerca que me rozó la mejilla. Dos grados más. Olía a mandarina.

–Sí, eso es fácil decirlo. Pero como no me prestes a tu gato un par de días para frotarlo por toda mi ropa...

A pesar de que estaba hablando muy en serio, a Margot le hizo gracia mi propuesta. Empezó a reírse mientras me miraba, como invitándome a que la acompañara. Lo cierto es que verme pasando mis jerséis sobre un gato y a Camilo moqueando sin poder acercarse a menos de dos metros de mí era una imagen bastante divertida. Al final acabamos los dos tomando aire apoyados en los lavabos, y aquello sirvió para deshacer la tensión que me estaba anudando el estómago. La temperatura volvió a parámetros normales. Ella fue la primera en reponerse.

–Oye, me encantaría seguir de juerga, pero no quiero llegar tarde a clase de Petra.

–¿Tienes clase con la Abuela?

–Sí. Esteban está enfermo.

–Ufff, qué pereza. Prefiero una hora de estudio que escuchar las historias de la Abuela. Molaban cuando éramos pequeños, pero ahora...

–Bueno, tampoco es tan malo –dijo Margot colgándose su mochila–. A mí me gustan.

No me lo podía creer. ¡Alguien a quien le gustaban las historias de Petra! En el Jonathan Swift era toda una institución. Corría la leyenda de que había sido la primera alumna del instituto y que nunca había salido de él, aunque de vez en cuando desaparecía misteriosamente durante uno o dos días. Si preguntabas a los antiguos alumnos, todos la recordaban arrugada como un dátil, algo encorvada y con las gafas en la punta de la nariz o colgadas del cuello con un cordón rojo, arrastrando los pies por los pasillos. Siempre vestida con un chaleco de lana en el que normalmente guardaba un reloj sujeto a una cadena. Cuando lo tenía en el bolsillo no dejaba de consultarlo cada dos por tres. Por lo general se encargaba de cuidarnos cuando algún profesor faltaba y nos contaba las aventuras del rey Mésilon y los témparis. Algunos los tomábamos como cuentos, otros se burlaban de ella descaradamente y todos acabábamos aburridos, más tarde o más temprano, de sus batallitas. Aunque a ella no le importaba. Últimamente le había dado por hablarnos de los objetos y costumbres curiosas de ese mundo que se había inventado.

Margot se despidió y yo me quedé, por fin, solo en el baño. En dos horas tenía examen de Matemáticas para terminar

un día que estaba saliendo como un bizcocho sin levadura. Así que pensé en pasarme por la biblioteca a repasar, pero antes hice algo de tiempo. No quería volver a verme con Camilo y los suyos en el pasillo. No estaba preparado. Además, quería disfrutar un rato más del recuerdo de la parte positiva de ese encuentro.

Miré el reloj. Empezar el día junto a la chica a la que mejor le huele el pelo de todo el instituto era algo que no me ocurría con mucha frecuencia. En el suelo, al lado de una mancha gris que parecía de agua sucia, estaba lo que quedaba del bocadillo. Lo recogí con un trozo de papel higiénico y me lo guardé en el bolsillo para tirarlo fuera. Entonces me miré en el espejo. Ese era yo: Pablo, quince años, estudiante de Tercero, escuchimizado y pecoso. Doblé el brazo intentando marcar el bíceps, pero la sudadera apenas se arrugó. Eso sí, nadie podía negar que tenía una sonrisa brillante. Metálica, para ser exactos.

–Si solo fuera un poco menos pálido y no tuviera tantas pecas. O al menos pudiera quitarme estos hierros de la boca...

Vi que tenía una mancha de chocolate del bocadillo que apenas se distinguía entre las pecas. Arranqué un trozo de papel, lo mojé, volví a mirarme y me quedé helado.

El espejo me devolvía la imagen de un chico de pelo claro, muy corto y peinado a cepillo que sonreía mostrando unos dientes perfectos. Me pellizqué, abrí y cerré los ojos y la boca varias veces, pero mi reflejo seguía a lo suyo, limpiándose con

un papel una mancha que era lo único que destacaba en una cara lisa, sin pecas ni lunares. No podría decir de qué color eran los ojos porque el reflejo tenía un tono sepia que le hacía parecer una película muda, como las que había visto en una exposición sobre los pioneros del cine.

Enseguida me di cuenta de que aquello no era real. Estaba soñando y de un momento a otro me iba a despertar. Miraría el reloj, saltaría de la cama y saldría pitando de casa con el desayuno en la mano porque llegaba tarde a clase. Pero, antes de que eso pasara, iba a disfrutar un poco más de ese nuevo Pablo recién salido de una teleserie americana.

Me había acercado tanto al espejo que lo había empañado con el aliento, pero mi reflejo seguía limpiándose detrás de una especie de niebla que le tapaba parte de la cara. Alargué la mano para retirar el vaho al tiempo que, al otro lado, él hacía lo mismo. Toqué el espejo y los dedos se hundieron como si fuera de gelatina. No me dio tiempo a reaccionar, porque en ese momento noté una especie de descarga eléctrica que me recorrió todo el cuerpo y me empujó hacia atrás.

Y antes de tocar el suelo me había perdido en un túnel oscuro por el que caía y caía...





## 2. VOCES Y OBJETOS BRILLANTES

Mientras yo perdía el sentido y caía por ese túnel oscuro como Alicia al entrar en la madriguera del conejo blanco, en clase de Cuarto, según me contó Margot después, Petra había conseguido milagrosamente captar la atención de todos hablando del juguete favorito del rey Mésilon cuando era niño. Se trataba de una caja octogonal que sacó de su bolso para enseñársela a la clase.

–Era muy sencilla y no llamaba la atención. Parecía de madera y brillaba como si estuviera recién pintada –me dijo Margot–. Y Petra sujetaba la tapa con fuerza, como si tuviera miedo de que se abriera. A mí me recordó a un joyero de esos que decorábamos de niños para el día de la madre. Aunque no tenía nada especial, no podíamos dejar de mirarla. Yo quería que la abriera, pero no me atrevía a hablar. Era como si nos hubiera hipnotizado.

Incluso Camilo se había olvidado por una vez de sus bromas pesadas y la miraba embobado, atrapado como los